

Una autopsia literaria:

homenaje a Graciela Hierro

Arnoldo Kraus

La autopsia es un ejercicio que tiende a desaparecer. No pocos patólogos la añoran. Consideran que aunque en muchas ocasiones no logra mostrar la causa de la muerte, la mayoría de las veces aporta datos valiosos para el clínico, para la familia y en ocasiones para la ciencia. La autopsia es una forma de mirar. El cuerpo tendido queda expuesto, los órganos a flor de piel, la sangre y sus memorias entre las manos del médico. Todo queda abierto. La vida que se fue y la muerte que llegó se amalgaman en un segundo infinito.

La autopsia es un procedimiento donde la mentira no tiene cabida. Las miradas del microscopio son múltiples, abigarradas y penetrantes. Todo se ve. Todo se sabe. En más de una ocasión he pensado que en “algún momento” de la vida todos deberíamos iniciar nuestra propia autopsia. Un diario, las sábanas, los correos electrónicos, las notas al pie de los libros, las cuentas de las tarjetas de crédito o los recortes de periódico guardados entre los libros podrían ser una buena forma de *autoautopsiarnos*.

La autopsia literaria es, ¿cómo decirlo?, un instrumento que permite penetrar en el otro pero, a la vez, un instrumento que conlleva “cierto” riesgo, ya que el desglose de las ideas y de la voz, así como la disección de los pensamientos vivos de un muerto no tan muerto es tarea compleja. Hay muertos que nunca mueren lo suficiente, muertos que nunca mueren del todo. Muertos que nos legan su escucha, su conducta, sus escritos, sus palabras, su realidad. En esos muertos el recuerdo o el regreso de la voz conocida pueden ser suficientes para impedir la muerte. En ellos, los bisturís, las tijeras, las pinzas y los guantes tienen la obligación de cortar

y colocar, de trazar y exponer, e incluso, de revivir. La autopsia literaria de esos *muertos vivos* es un ejercicio singular. Es una forma de reinventar el tiempo, de encontrarse con algunos fragmentos del yo e impedir, aunque sea un poco, el triunfo absoluto de la muerte.

A Graciela Hierro hay que *autopsiarla* con profundidad y hay que disecarla muchas veces y muchas vidas. Tantas como sus pasiones sigan vivas. Tantas como los periódicos, los medios de comunicación o las historias de la vida sigan reafirmando que es vigente la idea de Simone de Beauvoir, quien sostenía que, “en un mundo definido por y para los hombres, las mujeres son ‘el otro’”.

Efectuar una autopsia a un recuerdo vivo o a unas ideas no tan muertas no es cosa fácil. Se puede incurrir en errores, omisiones u olvidos involuntarios. Se puede equivocar la mano y pueden errar las tijeras. En las autopsias literarias, sobre todo de los muertos frescos o de los muertos no tan muertos, se debe cortar con cautela. Cuando la historia de la vida o la literatura de la existencia son las materias de la autopsia, las incisiones y la exploración deben hacerse con sumo cuidado. Disecar el corazón en busca de bondad, explorar las piernas para entender cómo se camina, observar la boca para hurgar y escuchar las palabras añoradas, palpar las manos para recordar cómo se traza la vida o mirar la piel para vivir de nuevo el calor son, entre otras, algunas de las maniobras que permiten entrelazar letras y cuerpo.

Lo mismo debe suceder cuando se rasca el alma, ese órgano aparentemente incorpóreo y etéreo donde anidan la ética, el deseo y el placer, vivencias de sobra habladas y andadas en los textos de Hierro. Cuando

escribo Hierro lo hago con mayúscula para referirme al apellido que le tocó a Graciela. Si cavilo en los tiempos y los ambientes cuando Graciela inició su periplo, lo hago, indistintamente, con mayúsculas o minúsculas, pero, siempre, con admiración.

Hay muchos cuerpos muertos que nunca se convierten en cadáveres, que nunca se quedan quietos a pesar de que el túmulo lleve el nombre, la fecha de nacimiento y la fecha de muerte. Hay muertos que nunca mueren del todo porque el recuerdo pesa más que la tierra o porque la libido viaja más lejos que las cenizas. Hay muertos como Graciela Hierro que han leído a Graciela Hierro: “Tal vez se escriben memorias para no morir del todo”. Tal vez, agrego, se opta por vivir de frente y enfrente. *Gracias a la vida...*, con puntos suspensivos, con plagio o sin plagio, con la mirada desnuda y atrevida, reproduce ese “optar por vivir de frente”, ese enfrentar y no callar. Optar por apostar y reírse de uno mismo, como lo hace Graciela cuando cita a Oscar Wilde: “Hay quienes no se suicidan por temor al qué dirán”. El qué dirán no formaba parte del vocabulario de Graciela. El qué dirán, sin paréntesis, es lo que nos ha sumido y nos sigue sumiendo en la mediocridad.

Hierro navegó buena parte de su vida al lado de sus pasiones. Se instaló en la ética de la ética, en la ética del feminismo, del placer y de la condición de la mujer. El poder, la libertad, el mal, la sexualidad, la sabiduría, los vínculos entre ciencia y religión, así como los derechos humanos son, entre otros, el esqueleto de esa forma de vida, de ese estilo de vivir la vida que tanto desveló a Hierro.

Exageraría, por supuesto, si asegurase que la condición femenina se inventó en las

páginas de sus libros, pero no miento al afirmar que muchas de sus reflexiones sirvieron (y sirven) para darle voz a la condición femenina. Sobre todo, como escribí anteriormente, si se abren las páginas de la historia, si se seccionan las horas de los tiempos de Hierro o las épocas en que la filósofa y sus colegas levantaron la voz. Lo mismo sucedería si se analizan las realidades del México de los hombres de antaño y de hoy así como del mundo contemporáneo, donde la balanza *hombremujer* sigue siendo dispar. Las malas caras que definen la condición de la mujer que tanto preocupaban a Hierro siguen imperando.

La condición femenina no fue, ni es, ni será, un tema viejo, un tópico acabado o una reflexión gastada. Reflexionar sobre ese asunto es reparar sobre la especie humana y sobre la condición masculina. No en balde, en la contraportada de uno de los libros de Graciela se cita a Aristófanes, quien afirmaba que en otros tiempos, los sexos no eran dos sino tres: el hombre, la mujer y la unión de los dos. Además, Aristófanes aseguraba que después de la división de los sexos,

las dos partes del hombre, cada una deseando su otra mitad, se unen, se enlazan y añoran reestablecer la antigua perfección de la unidad perdida.

En algunas ocasiones, sea por incapacidad o por la cortedad del lenguaje, me he referido a la *aristofánica* “unión de los dos” como el *hombremujer* o la *mujerhombre*. Ese término pretende disminuir las distancias entre un sexo y otro sexo, entre el ejercicio del poder y entre dos visiones de vida que muchas veces son distintas pero no necesariamente rivales. Por eso, creo que el neologismo *mujerhombre* u *hombremujer* podría y debería usarse en forma intercambiable.

La actualidad de los temas de Hierro respira por doquier. La infundibulación en África, el contagio del síndrome de inmunodeficiencia adquirida en mujeres que luego se embarazan o en mujeres que no ejerce su derecho para exigir de su pareja el uso del condón, las *muertas* de Juárez, la prostitución infantil, mucho más prevalente en niñas que en niños, recuerdan y reviven a Graciela. Son también ejemplos

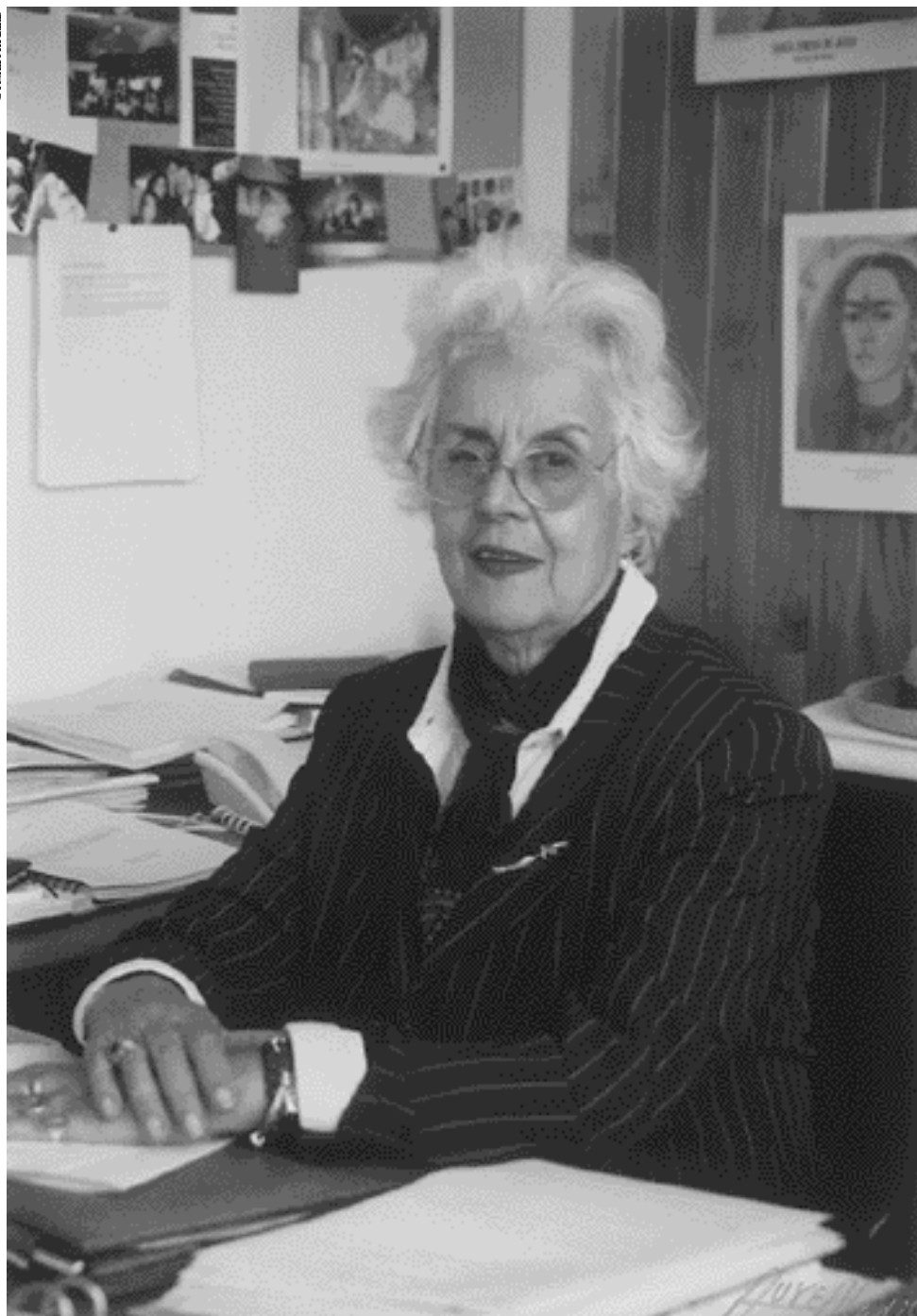


© Aurora H. Aluís

tangibles de las preocupaciones de Hierro los innumerables encabezados en los periódicos. Cito unos cuantos: “En Vigo, más de veinte mil mujeres se manifiestan contra la violencia sexista”; “en España, en lo que va del año, veintiséis mujeres han muerto por la violencia sexista”; “el número de denuncias por violencia doméstica se triplicó en Barcelona en 2003”; “sexo, género y Real Academia. Los académicos piden al Gobierno que utilice la expresión ‘violencia doméstica’ en la futura ley contra el maltrato”. Esas notas son, tan sólo, una pequeña muestra de lo que reflejan día a día muchos rotativos.

Las ideas que no se hacen viejas y que resisten el paso del tiempo reafirman la necesidad de seguir bregando. Al hablar hoy de la condición femenina “y sus males” Hierro continua hablando, en y por la voz de “las otras”, y seguirá viva mientras persista la inequidad entre géneros. Con razón sostenía que “la eliminación de la opresión femenina es el deber moral de las mujeres”.

La condición femenina era su preocupación fundamental pero no la única. Había que entremezclarla con otros breves. Como el de la justicia: “...soy consciente de que el feminismo no supera la explo-



tación humana. Es decir, aunque se logre la igualdad sexual siguen en pie un sinnúmero de injusticias sociales”. Y agrega: “Pienso que si la igualdad de los sexos permease todas las razas y culturas, tal vez contribuiría a una situación más igualitaria, aún entre los desiguales”.

A Hierro le obsesionaba la ética. Dos de sus libros, *La ética del placer* y *Ética y feminismo*, incluyen en el título esa vivencia. Digo vivencia porque eso era para ella la ética. La ética y la sexualidad, la moralidad de la experiencia humana, hacia una ética sexual hedonista, de la ética del placer a la sabiduría de las mujeres y hacia una

ética femenina del interés, son, dentro de una mirada de temas, sólo unos cuántos ejemplos en los que la *ética de hierro* se inscribe como pilar. Como pilar de vida y como pilar de humanidad.

Pienso —escribe Hierro— que el fundamento de la moralidad debe descansar sobre el principio del interés; tengo la convicción profunda de que lograr la felicidad del mayor número de seres constituye el deber moral humano.

A Graciela también le obsesionaba el amor. Finalizo esta pequeña autopsia ci-

tando unas ideas “desnudas” de la autora extraídas de su propia autopsia. Y digo pequeña autopsia porque así impido que la historia termine, que el filo de las ideas, del tiempo y del placer se mellen y que la muerte, finalmente, se llame muerte. En *Gracias a la vida...* dice:

¿Qué he aprendido del amor? Es lo más duradero de la vida, vivimos al acecho del amor. Cruzamos las miradas para tratar de encontrarlo. Cuando llega, morimos. Cuando se va, también morimos.

Renglones adelante escribe: “la muerte verdadera, creo, es la muerte prematura de lo que amas”. En otra autoincisión afirma: “del amor no se puede dar cuenta con palabras, sólo se puede mostrar su incomprensible presencia”. *Gracias a la vida...* refleja una mirada intensa, generosa y sin tapujos, plagada de finos cortes y bellas suturas de un ser que se atrevió a ser.

He intentado disecar a Hierro con bisturís afilados que corten los lomos, las portadas, los índices, las páginas internas y los recuerdos por lo dicho y también por lo no dicho. Esto de *autopsiar* a una persona que suponemos muerta pero que quizás no está tan muerta no es cosa fácil. Menos aún si muchos de sus huesos y no poco de su pasión por lo que solemos llamar vida nos susurran al oído para explicarnos que la ausencia no se llama muerte ni la muerte olvido.

¿Quién podría decir que la tierra bajo la tumba es suficiente para acallar los pasos que junto con las palabras construyeron algo que parece escuela pero que no es escuela, que parece historia pero que no es historia? Disecar a Hierro es, simple y llanamente, sentirse tentado por el placer de estar vivo, por el placer de leerse en las palabras de otra persona, por el placer de cortar un cuerpo y sentirse cortado y por el placer de penetrar una vida y saber que ésta sigue. ■

Texto leído por su autor el 17 de junio de 2004 en el Homenaje a Graciela Hierro, organizado por el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM.